

Capítulo 2: El viaje

Al final eran cinco los que vestían el jubón de cuero del cazador. Cinco cazadores reunidos en la proa del bajel, bajo la luz de las estrellas que titilaban nítidas en el firmamento y difusas en las mansas aguas negras del mar central.

El más alto era también el más delgado, con la cara oblonga y afilada, la nariz ganchuda, la boca recta como la línea del horizonte y ni una sola cicatriz en la cara. Un novato. A su izquierda, con las piernas entrecruzadas y el trasero apoyado sobre sus tobillos, un hombre calvo, de ojos claros y mirada severa.

Siguiendo por el mismo lado: un tostado. El hijo de algún esclavo mohadí, fruto de la interminable guerra entre el imperio de la arena y los pequeños reyes de los Mil Reinos. Se adivinaba por su tez oscura como el cacao. Una sabia decisión la de postularse a cazador. Al menos así podría granjearse el respeto de sus congéneres por sus méritos. El único color que importaba entre los cazadores era el de la sangre, y hasta donde Derren sabía, era rojo. La de todos.

Derren cerraba el círculo, repantingado sobre los tablones de teca. Detrás, de pie y apoyada sobre la madera barnizada de la borda, estaba ella. La única mujer a bordo. El mismo jubón de cazador, ceñido por el mismo cinturón pero con una hebilla distinta. La hebilla era crucial para los de su estirpe, signo de identidad y reputación. La de la mujer mostraba una cobra de ojos vacuos y lengua bífida: el reino de Serpentia, el más grande y poderoso de los Mil Reinos.

Esa hebilla la situaba como la mejor cazadora de los cinco. Todos los reinos tenían el mismo número de cazadores. Cinco. Las reglas eran muy estrictas. En los territorios más pequeños, era un estatus accesible, pues a menor población, mayor posibilidad de acceder al puesto y mantenerlo. En Serpentia, todos los años había numerosos aspirantes que se jugaban la vida por llegar al honorífico título de cazador.

Derren la observaba disimuladamente gracias al espejeante filo del hacha que el cazador más alto tenía sobre su regazo. Jamás había visto un hacha así. Pensó en lo desconcertante que debía de ser el verse reflejado en el arma de su rival en plena batalla.

— ¿Te gusta? —preguntó el enjuto gigantón, alzando el arma—. Es un tipo acero muy particular. Viene de Dareniel según he podido averiguar. Se la quité a un cadáver en Bosqueazul, hace tan solo dos semanas.

— ¿Dareniel? —el calvo lanzó un agresivo escupitajo—. Nada bueno puede venir de esos putos blandos que cazan a caballo.

El tostado asintió, dando a entender que opinaba lo mismo sobre los norteños. El espigado grandullón estalló en sonoras carcajadas.

— Puede que no sepan cazar, amigo, pero exportan armas por doquier. Llegan a los rincones más alejados del mundo, incluso a las mismísimas islas del borde. El acero es indudablemente bueno.

— ¿Cómo sabes tú eso? —inquirió el tostado.

— He viajado. No solo hay monstruos en los Mil Reinos.

– Sí, puede que hayas viajado, porque desde luego no parece que hayas cazado demasiado – declaró el calvo, con un deje acusador en la voz—. No engañas a nadie con tu cara bonita.

– Al contrario amigo, los mejores cazadores son capaces de mantener una cara sin cortes, para agrado de las mujeres.

Derren no podía estar del todo de acuerdo con eso. No si se fiaba de las descripciones de hombres legendarios como Kark el Sonriente, por los tajos que tenía a ambos lados de la boca; Foki el Sordo, que se había quedado con un par de orificios por orejas; o Borot el Rayado, por las tres cicatrices que surcaban su cara en diagonal, desde la sien hasta la barbilla, pasando por el ojo izquierdo que conservó milagrosamente.

Oyó una leve risita a sus espaldas que no captaron los demás. La mujer no parecía creérselo tampoco, cosa que lo confortaba en su opinión. Aunque no siempre acertaba, se le daba bien juzgar a la gente a primera vista, y estaba seguro de que ese tipo no había cazado ningún monstruo en su vida. Quizá algún que otro lobo silvestre, como mucho. Pero un lobo es un lobo, y un monstruo es un monstruo. Sin duda, el grandullón, sería un sabroso aperitivo para la libélula.

Derren se despertó allí mismo, espatarrado. Se frotó los ojos para quitarse las legañas y miró a su alrededor. El calvo roncaba como un jabalí, el tostado dormía plácidamente expulsando de vez en cuando discretas flatulencias cual marmota y el altanero grandullón había desaparecido. El alba empezaba a arrebolarse las olas con sus haces anaranjados. Lo que más le llamó la atención fue ver la costa a ambos lados. Ya estaban en la parte estrecha del mar. Ya faltaba poco.

Tras despejarse con la agradable brisa matinal, fue a buscar un cabo que se ató al cinto para colgarse desde la popa y desenfundó su catana. El filo gris verdoso refulgió con la luz matutina y el símbolo grabado sobre la guarda emitió un leve destello. Oyó un chapoteo justo al lado y vio cómo se iban borrando las ondas circulares en el mar. El siguiente sería suyo.

Con los pies anclados perpendiculares sobre la quilla, el cabo tensado al máximo y el brazo derecho preparado sobre el agua, Derren mantenía los ojos muy atentos y las orejas muy abiertas. Oyó más chapoteos, pero todos muy lejanos. Paciencia. Aunque no mucha.

Los verdes saltaban con frecuencia, probablemente asustados con el paso del barco. Al primero lo vio nada más sacó la cabeza del agua. La hoja lo atravesó por el lomo y el verdel quedó atrapado, dando sus últimos aletazos en el aire antes de morir asfixiado. Pero aún no había terminado. Con el pez ensartado, siguió al acecho, moviendo la catana con una velocidad pasmosa y coleccionando desafortunados verdes.

Deshizo el nudo y posó las cinco piezas sobre un paño que se tiñó de rojo mientras se desangraban. Limpió la catana con el borde del mismo paño y agua dulce del su odre.

– ¿Es helieno? –preguntó una voz femenina a sus espaldas.

Era ella. ¿Cómo demonios había podido acercarse tanto sin que se diera cuenta? Derren se giró, enfundando el arma en la vaina que colgaba a su espalda. Asintió.

– Helieno, sí.

– ¿De dónde lo has sacado?

– La heredé de mi padre.

– Esos verdeles no son dignos de una hoja así... Llevo buscando helieno varios años, parece que ya no queda ni un gramo en los Mil Reinos –la mujer bajó fugazmente la mirada hacia su hebilla–. Colmillos Verdes... Entonces juegas en casa. ¿Has oído hablar alguna vez de esa libélula?

Su voz tenía un tono almibarado. Llevaba una aljaba a la espalda y la cuerda del arco le cruzaba el pecho. Sus ojos eran verdes como las praderas de Endas y su pelo una cortina de paja enmarañada que caía con gracia sobre sus hombros. No era alta ni musculosa, pero algo en su rostro reflejaba un aire de amenaza.

Derren negó con la cabeza mientras veía como aparecían los demás, que ya se habían despertado. El grandullón juntó los labios y dejó escapar un silbido de fingida admiración.

– ¡Vaya! ¡Verdeles! ¡Y buenas piezas además! ¡Estoy deseando compartir ese festín cuando desembarquemos esta noche en torno a la hoguera! ¿O son para el Torneo de las Pielas?

– ¿Compartir la caza? ¿Estás loco? ¿Qué cojones os enseñan en tu maldito reino? –inquirió el calvo casi con furia.

– ¿Qué caza? ¿Ves que haya cazado algo? ¡Es pescado! Cinco miserables pececillos, no sacaré ni medio penique por eso.

– En Colmillos Verdes se paga bien el pescado fresco –Derren sabía que podría sacar entre ocho peniques y un escudo. Se encogió de hombros y luego señaló el cabo todavía anudado en el amarre–. Yo comparto el mar, no la pesca. Si quieres, todavía hay verdeles saltando.

El calvo y el tostado sonreían encantados con la respuesta del cazador. Derren se imaginó al espigado fanfarrón intentando pescar verdeles con su pesada hacha de acero espejado de Dareniel. Sería una escena divertida, sin duda. La risa contenida le arqueó los labios cuando el aludido le dedicó una mueca grosera.

– Panda de desgraciados, yo os diré lo que vais a compartir. ¡Los colmillos de la libélula!

Y se fue, apisonando la madera de la cubierta que crujía bajo sus botas.